

■ HOJA DE CALENDARIO

El INI y la Comunidad

PEDRO VILLALAR

LA Comunidad Europea, al igual que muchos españoles, está perpleja ante la decisión del INI de dividir sus empresas en dos grupos: uno formado por empresas viables, capaces de autosostenerte por rentables y otro constituido por empresas inviables, con pérdidas permanentes. En efecto, la CEE considera que se lesiona el principio de libre competencia cuando el estado sostiene mediante subvenciones a una empresa inviable por sí misma. Lo cual está obviamente prohibido.

En este segundo grupo figuran empresas como Ensidesa, Hunosa o la Naviera Bazán. Y los expertos comunitarios ya han manifestado que lo que aquí ocurre es que llevamos con gran retraso una reconversión —léase clausura de instalaciones en muchos casos— que otros países de la CEE ya han hecho mucho antes. En cualquier caso, la decisión sobre el futuro de estas empresas ya no es sólo española.

Y la CEE dice ser consciente de los problemas sociales que puede crear esta segunda —y definitiva— reconversión, aunque considera, con toda la razón, que esos problemas han de ser encarados desde otra perspectiva. Habrá que ver si los sindicatos piensan lo mismo. Después de todo, suya es la culpa de que estemos como estamos.

La reunión de Moncloa

EMILIO ROMERO

LA entrevista de Felipe González y José María Aznar ha sido un suceso de interés, por las escasas relaciones de este orden entre ambos, y por la reciente confrontación en el debate parlamentario sobre el estado de la nación. Cada uno está en su lugar y después tenemos cercanas las elecciones generales. También procede examinar la situación de los dos en sus partidos. Felipe González pasa por momentos duros, aunque ya se ha puesto en circulación el proyecto electoral con unos modos de conciliación entre los que aparecían distantes o desunidos; pero los problemas del presidente del Gobierno son mayores que en otros tiempos. Es más exigible la relación del Gobierno con el partido, aparecen rivalidades o confrontaciones en algunos lugares importantes, la necesaria presencia y responsabilidad en todo lo europeo, la crisis del socialismo en la misma Europa y especialmente con los contratiempos de Inglaterra y de Francia, y luego el fenómeno sindical español de gran violencia del sindicalismo con el socialismo. A todo esto se añade la pretensión autonomista plena de las tres comunidades históricas del Norte, y los niveles más altos de denuncia y de crítica por parte de los medios de comunicación, como nunca los tuvo. También los sucesos irregulares económicos, y los conflictos en el Poder Judicial. Felipe González tiene la justificación plena del cansancio, y hasta del desacuerdo.

José María Aznar es el líder nuevo de la derecha española, con un acompañamiento también joven y peleador, y que se orienta hacia el centrista en un afán de conseguir y de no alarmar a un sector numeroso que sigue apareciendo en el centro, y tras los fracasos de la vieja UCD, y del residencialismo del Centro Democrático y Social. Pero José María Aznar quiere probar que las elecciones generales próximas va a subir su partido y con la esperanza de otra bajada del socialismo. En esta esperanza ocurren dos cosas: una de ellas la de su permanencia en el li-

derazgo, con la liquidación de los conspiradores internos; y la otra la de ser, realmente, una alternativa de poder, que ahora mismo no lo es. ¿Qué podría ocurrir en esta conversación del Palacio de la Moncloa? Sencillamente nada. Las imágenes de los dos sentados y hablando, que nos ofrecía la televisión, eran bien claras en orden a la realidad. Era una reunión de costumbres en las democracias, pero luego cada cual en su castillo íntimo. Lo prodigioso es que estuvieran hablando más de dos horas. La escenificación y el cinismo en la política son obligados, y hasta pueden ser gloriosos. En este caso así ha tenido que ser. Todo eso sobre el modo de componer el Tribunal Constitucional, el Plan de Convergencia, y cuantos asuntos salieron a la palestra, no era otra cosa que una comedia magnífica y bien interpretada. El Gobierno de Felipe González aparece seguro en las convicciones de su política económica y social. Sabe asimismo que la presencia en el poder es expansiva y no restrictiva. Y así va a seguir. José María Aznar tiene también su plan de competitividad para la economía española que divulgaría en junio de 1991, y ha hecho la selectividad de su oposición al Gobierno socialista. Pueden coincidir en algunas cosas, porque el socialismo es liberal y la derecha quiere declararse social, pero la cuestión no es otra que los modos para instalarse en el poder. El panorama de nuestro país, sin embargo, es de bastante desencanto y decepción. Y, precisamente, cuando estamos obligados a ser receptores de los acontecimientos universales que nos han correspondido: los Juegos Olímpicos y la Exposición Universal. Además de todo esto la celebración del V Centenario como gran referencia histórica de nuestro país. Vamos a tener la cumbre de presidentes americanos, y nos hemos de preparar para esos cuatro años fundamentales en Europa del 93 al 97. Pero seguimos como siempre. La reunión de la Moncloa parece que no ha sido otra cosa que el cumplimiento de un ceremonial democrático. Nada más.

POR fin ha tenido lugar la entrevista, hábilmente aderezada con cierta dosis de intriga por el PP, entre González y Aznar, cuyo único resultado tangible será probablemente una mejor coordinación en las cuestiones institucionales en que es preciso el consenso entre PSOE y PP; en este orden de cosas, es especialmente urgente la renovación del Tribunal Constitucional, dos meses después de que concluyera el plazo reglado para ello.

Aznar ha ido a La Moncloa con el cliché en la mente de aquellas inefables y criticadas escenas del sofá que protagonizaba Manuel Fraga, siempre disciplinado por instinto —a pesar de sus intemperancias— con quien tiene el poder.

El nuevo y joven presidente del PP ha querido en cambio dar imagen de oposición rotunda, y ni siquiera ha aceptado —en lo que es en principio una torpeza— utilizar las dependencias de La Moncloa, que son públicas y no propiedad particular del presidente de turno, para rendir una conferencia de prensa, que hubiera sustituido con ventaja a sus atropelladas declaraciones de pie y a cielo abierto.

Aznar, en fin, quiere sacar, a su partido de la cómoda "instalación en la oposición" en que lo embarcó Fraga, y ha endurecido por tanto su actividad. Pero es altamente improbable que consiga su objetivo —la alternancia— sólo con una política

Café o tabla de quesos

JOSE MARIA CALLEJA

LA propuesta de Manuel Fraga para que en las Comunidades Autónomas históricas las administraciones autonómicas respectivas tengan en exclusiva competencias que hoy comparten con el Estado —con la consiguiente desaparición de la actual representación de este— tiene el atractivo de lo estimulante y amenaza con desatar en las 17 comunidades autónomas la polémica entre la tabla de quesos o el café para todos que se apoderó de la vida política peninsular hace ahora trece años.

Fraga parece haber aplicado su famosa filosofía de la cesta de la compra y el precio de los garbanzos para justificar que donde pueda haber una sola administración no haya dos con lo que se evitan duplicidades de funciones, duplicidad de costes y se gana —al menos eso se pretende— en eficiencia. El hecho de que esta propuesta venga de un hombre al que hasta hace muy poco le cabía el Estado entero en la cabeza —Feliciano González dixit hace unos años— da quizás una mayor relevancia a esta iniciativa propuesta para las comunidades históricas y que sin duda va a pro-

vocar carreras entre las otras catorce autonomías —ya han empezado— para apuntarse a esta idea.

¿Pensó Fraga en esta eventualidad —la sustitución del Estado por las autonomías— cuando junto con otros padres de la patria elaboró la constitución? ¿Hubiera tenido Manuel Fraga la misma idea de no haber sido presidente de Galicia? ¿Cómo hubiera reaccionado de ser ministro de Interior y haber propuesto lo mismo que él ahora defiende un partido nacionalista —PNV o CIU?

Está claro que Manuel Fraga ha evolucionado también en este sentido, pero una cosa no se le puede negar, cada vez que habla prepara una buena, no sólo en el patio nacional sino también en su propio partido. Esta formulación se ha realizado horas antes de que José María Aznar fuera recibido por Felipe González, con lo que le ha restado protagonismo al dirigente popular.

La propuesta de Fraga es lógica tal y como se expone: si estamos en un estado autonómico que no hay duplicidades. Fraga reclama que el Estado es la autonomía y que las competencias exclusivas del estado son la política exterior —no las relaciones con la CEE— y la

seguridad. En Euskadi no deja de producir cierta sonrisa cuando se compara la imagen del Fraga autonomista con el de Fraga ministro de Interior y se piensa también en el elevado coste de la sede del gobierno de Galicia en Madrid, que resta credibilidad a la propuesta de eficacia y, sobre todo, de austeridad del presidente gallego.

¿Qué puede pasar? de momento Chaves ha dicho que él también, que todo para Andalucía aunque no sea comunidad histórica. Existe la posibilidad de que, claro, también Murcia —con todos mis respetos—, querrá tener en exclusiva las competencias del Estado para no ser menos que vascos, gallegos y catalanes, con lo cual podemos volver a la polémica que padeció Suárez: café para todos o tabla de quesos en función de la historia.

¿Por qué el Senado no se entrega a tope a este asunto? ¿Es cierto que Fraga ha comunicado a Aznar esta idea, sin duda sugerente, vía Fax? Ojalá el zapatazo que ha dado don Manuel en el ruedo nacional se reduzca en una racionalización de la administración y en una reducción de los gastos.

La entrevista

ANTONIO PAPELL

de gestos. Vemos un ejemplo: pese a la parquedad de las declaraciones de Aznar tras la entrevista, el líder del PP tuvo ocasión de explicar a los periodistas que aunque nadie puede negarse al objetivo de convergencia con la Comunidad, el plan del PSOE a tal efecto "es un cuadernillo que no merece la menor credibilidad".

Tal opinión sería aceptable si el PP tuviese su propio plan de convergencia y lo hubiera exhibido. Pero ni se conoce proyecto alguno al respecto, ni se sabe a ciencia cierta cuál es al margen de oponerse por principio, la postura del partido conservador sobre las demás cuestiones en marcha: los recortes en las prestaciones de desempleo y la Ley de Huelga. No se puede estar siempre en todas las oposiciones como no es posible, según el descriptivo refrán mantenerse a la vez en la procesión y repicando.

La oposición democrática en los regímenes de esta naturaleza necesita mantenerse en un doble plano bien delimitado: de una parte, ha de contrastar permanentemente su propio programa con el de sus adversarios; de otra parte, ha de cooperar con el peor en los grandes asuntos de Estado. Las sociedades maduras y adultas, de estos países entienden perfectamente la necesidad de esta aparente esquizofrenia, que nada tiene de vergonzante.

En consecuencia, Aznar tenía, como González la obligación de salir de la reunión

con el asunto del Tribunal Constitucional encarrilado, por mucho que criticasen también las demás cuestiones opinables que se trataron en la entrevista.

Algun periodista describió la entrevista como la que mantuvieron un político al final de su carrera, sabio pero cansado, y otro político que acaba de empezar su andadura, bisoño pero lleno de ilusiones. Semejante estampa es sólo una verdad a medias porque Felipe González acaba a penas de cumplir 50 años, edad a la que la mayoría de los actuales gobernantes de Europa ni siquiera habría conseguido llegar a la cima.

Estos tópicos pueden, al cabo, resultar perniciosos al propio Aznar, que no se encuentra visiblemente rodeado de los mejores asesores. Porque si el PP insiste en jugar "a la contra" exclusivamente, sin presentar sus propios programas, sólidos, atractivos y bien elaborados, es probable que no consiga el impulso suficiente para consolidarse como opción de poder.

No deberían olvidar, en fin, los conservadores que aunque González es un importantísimo patrimonio del PSOE sin el que no se explicarían muchas cosas de esta última década, la opción que encarna el socialismo es mucho más que un escueto personalismo. Si tras Aznar no se trama una sólida estructura de partido y de poder, difícilmente el país otorgará su confianza a la alternativa.